

¿Cómo se prolongaba la resistencia conservando á la vez á los combatientes y sus armas?

¿No combatiendo? Entonces ni había resistencia prolongada ni combatientes, sino soldados que huían.

La resistencia supone una serie de combates, y el Sr. Bulnes no se digna decirnos cómo y dónde debieron combatir los soldados de la República, de una manera tal que se prolongara la campaña desde 1862 hasta Abril de 1865 en que terminó la guerra civil de los Estados Unidos con la toma de Richmond y el triunfo completo del Norte.

En el párrafo del libro del Sr. Bulnes que acabo de copiar se inicia el plan de campaña que, según este autor, debió seguir el Sr. Juárez para prolongar la resistencia contra los franceses, hasta que los Estados Unidos estuvieran en aptitud de auxiliar al gobierno legítimo de la República.

Esto me obliga á detenerme un poco más en refutar las opiniones del Sr. Bulnes, aunque debo advertir que no son las definitivas, pues adelante, en la página 281 del tan asendereado libro, el mismo Sr. Bulnes presenta otro plan de campaña enteramente distinto, más aún, contrario al que examino ahora.

Voy á probar esta contradicción nada extraña en el Sr. Bulnes que carece enteramente de consecuencia en sus opiniones y de hilación lógica en sus ideas.

En la página 137 dice Bulnes: —«¿Qué le ordenaban á Juárez los acontecimientos aun cuando no fuera militar? «Prolongar la resistencia á todo trance conservando el mayor tiempo posible á los combatientes y sus armas... etc.»

En la página 281, que ya cité, dice Bulnes: —«El Gobierno de Juárez no comprendió el problema que debía resolver, «cuya solución consistía en conservar los Estados el mayor tiempo posible, recoger dinero, *simular la pacificación*... etc.»

¿Por fin qué debió hacer Juárez, prolongar la resistencia ó simular pacificación?

..... Porque el que aparenta estar pacífico no puede hacer resistencia; y el que resiste no está pacífico.

El Sr. Bulnes, en un momento dado, ni sabe lo que dice, ni sabe lo que dijo antes.

Por ahora, veamos lo que tiene de absurdo su primer plan de campaña.

El Sr. Bulnes ha planteado este problema: prolongar la resistencia conservando soldados y material de guerra.

Si para resolverlo se necesitaban conocimientos tácticos, yo cedería el campo al Sr. Bulnes tan perito en asuntos militares.

Pero basta el sentido común para fallar en sentido negativo la cuestión.

Para prolongar la resistencia era preciso resistir, es decir dar batallas, y en las batallas, gánense ó piérdanse, mueren soldados, y se gastan municiones y se extravían armas.

Luego no es posible conservar, como pretende Bulnes, combatientes y armamento haciendo resistencia, es decir, dando batallas.

Si no se presentan batallas al enemigo hay que retirarse constantemente de él, y, en ese caso también se pierden soldados y material de guerra, en cualquiera de los dos casos que pueden presentarse en una retirada.

O bien la retirada se hace á distancia del enemigo y entonces la pérdida de hombres es por deserción ó dispersión en virtud del pánico que entra en todo ejército que se retira: ó bien el enemigo va cerca del ejército en retirada, y éste tiene que sostener ataques de retaguardia que originan bajas enormes ó una derrota completa.

El Sr. Bulnes que ha leído muchos libros de historia y conoce muchos tratados de *Estrategia*, como el de Bulnes, sabe que ni los magníficos ejércitos de Napoleón I resistieron grandes retiradas, como la de Rusia, sin disolverse.

¿Qué pasaría, pues, en una larga retirada con un ejército mexicano, compuesto siempre de soldados forzados, no voluntarios ni conscritos, sino cogidos de leva?

Nuestros militares, los verdaderos, no los teóricos como el Sr. Bulnes, saben muy bien que una retirada violenta ó una marcha nocturna cuestan más gente y más pérdidas de material de guerra que una derrota.

El erudito Sr. Bulnes me dirá tal vez que su plan es admirable, y que con ese plan se salvó Roma en la segunda guerra púnica, en el siglo 3º antes de la era vulgar.

Es verdad; Anibal había destruido á Sagunto y después de su salida de Cartago hispánica (Cartagena) y de cruzar entre el Ebro y los Pirineos, llegó á la Galia meridional, pasó el Ródano, trepó los Alpes, y cayó como una tromba sobre la Alta Italia.

Derrotó á Publio Escipión á orillas del Tesino, destrozó las legiones de Sempronio Longo en las márgenes del Trebis, y cerca del lago Trasimeno destruyó completamente al ejército del cónsul Flaminio.

¡ *Anibal ad portas!* era el grito que el pueblo aterrado lanzaba en las calles de Roma, cuando el Senado nombró dictador á Quinto Fabio Máximo y le dió el mando de las nuevas legiones que se habían alistado.

Y el dictador, sin empeñar combate alguno, detuvo á Anibal en su marcha vencedora fatigándolo con penosas é inútiles correrías y obligándolo á permanecer en el Sur de Italia, esperando refuerzos.

Este sistema de guerra hizo dar el nombre de *Cunctator* á Fabio Máximo.

¿Puede aplicarse á México en 1862 y 1863?

Sólo pensarlo es una insensatez, porque nuestra pobre y agotada república no puede compararse con Roma la Señora del mundo.

Ni el Sr. Bulnes puede dar á la patria un pueblo como el romano ni un Máximo *Cunctator*, que pudiera prolongar la resistencia hasta que llegara el auxilio norteamericano.

Y el Sr. Bulnes sabe mejor que yo que ese sistema militar espectante no dió el triunfo definitivo á Roma que todavía vió derrotado por Anibal su gran ejército en Canas, donde murieron setenta mil soldados romanos, el cónsul Emilio, ochenta senadores, dos cuestores y veintinueve tribunos militares.

Supongo que el Sr. Bulnes no exigiría del Sr. Juárez lo imposible, que levantara un ejército como el que Roma dió al cónsul Varron, ni que hiciera tomar las armas á los representantes del pueblo y á los regidores: Senadores no había en México en 1861; á los que tenemos ahora no los creo muy capaces de empuñar la lanza y ceñir coraza.

Comparar pueblo tan grande como el romano con el nues-

tro tan reducido en número y tan deprimido física y moralmente, no es admisible en una crítica sensata.

No siendo, pues, posible hacer del Sr. Juárez un Fabio Máximo *Cunctator*, ni darle un ejército tan vigoroso y compacto como el romano del año 216 A. J. veamos bajo otra faz el plan militar del Sr. Bulnes.

Este autor me dirá acaso, que según su plan no debía el ejército republicano comprometer acciones decisivas con el ejército francés, sino ejecutar sus movimientos de retirada á gran distancia del enemigo.

¿Hasta dónde y en qué forma debería haberse hecho esa retirada? También hay que estudiar ese detalle, que es importantísimo.

Supongamos lo imposible, que al replegarse ante el invasor el ejército mexicano, éste no perdía un hombre, ni un fusil, ni un cañón, que conservaba sus municiones, su parque, su ambulancia y toda su impedimenta.

Más aun, que no tenía ese ejército ni un desertor, ni un enfermo, ni un cansado: ¿en qué sentido se retiraba?

No encontrando resistencia el ejército francés, bien surtido ya de medios de transporte por los americanos, avanzaba sobre lo que el Sr. Bulnes llama *olla de piñata*, sobre Puebla.

Y entraba á la *olla de piñata*, estando ésta magníficamente ornamentada con fálalaces de papel de colores, banderolas, arcos de triunfo y todos los arreos con que se recibe al vencedor, aunque no haya habido victoria.

Dentro de la *olla de piñata* el clero poblano, el mismo que durante la invasión norteamericana recibió el 15 de Mayo de 1847 al General Worth bajo de palio, recibiría con igual solemnidad á Forey en 1863.

Y en efecto, así aconteció, Niox lo dice:

« El 19 (de Mayo) la bandera francesa fué izada en una « de las torres de la Catedral, la bandera mexicana en otra « y el General en jefe (Forey) entró á la cabeza de una parte « de su ejército: el clero mexicano lo recibió en la puerta de « la Catedral y asistió á un *Te Deum* en acción de gracias. »

Sin embargo, esa entrada de Forey á Puebla que hubiera sido fácil, sencilla y sin combates, si el plan de Bulnes se hu-

biera ejecutado, es decir, retirándose sin pérdidas los mexicanos, fué humillante y vergonzosa para Forey, gracias al plan del gobierno del Sr. Juárez, por el que se perdió un ejército, pero se ganó, lo que en nada estima Bulnes, mucha gloria salvándose la honra nacional.

Después seguiré describiendo la serie de desastres que hubiera sufrido la nación con el insensato plan militar de Bulnes; ahora tengo que detenerme un instante en la *olla de piñata* llamada Puebla.

Dice Bulnes: « El gobierno de Juárez discurrió meter á todos los veteranos con la mayoría de fusiles, y cañones y municiones existentes en la República dentro de Puebla, para que todo se perdiera al primer fracaso, como si su política hubiera consistido en que terminara lo más pronto la resistencia á Francia. »

No, el gobierno del Sr. Juárez quería algo que ni ha comprendido ni comprenderá jamás Bulnes, cumplir con el deber que le imponía su carácter de Presidente de la República de luchar por la independencia de ésta á toda costa, de la manera que le proporcionaran los pocos recursos con que se contaba, luchando hasta morir si no se podía vencer, pero salvando el decoro de la nación.

Bulnes consagra dos capítulos de su obra al sitio y ocupación de Puebla por los franceses; quizá al tocar ese punto pueda yo probar al gran táctico Sr. Bulnes cuán injusto es al atribuir al Sr. Juárez aquel desastre.

Ahora sólo rechazó el despectivo apodo que aplica Bulnes á Puebla la heroica, llamándola *olla de piñata*.

Un historiador que no puede recusar Bulnes porque es una de las eminencias del partido clerical imperialista, en el que Bulnes acaba de filiarse, D. Francisco Arrangois, hablando del sitio de Puebla dice lo siguiente:

« Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas, con fosos poco profundos y no por todos lados. Al ver que Strasburgo y Metz, dos de las plazas más fuertes de Europa, se rindieron á los treinta y ocho días y á los setenta y dos la segunda, y que en Metz era casi igual la fuerza sitiada á la sitiadora, debe considerarse como uno de los más biza-

« rros y más notables hechos militares de nuestros días la defensa de Puebla, en la cual un General improvisado, pues no era su carrera la militar, les dió un ejemplo que no han imitado Ulric, Bazaine y otros que han mandado en plazas fuertes en la guerra franco-prusiana, destruyendo González Ortega, antes de rendirse, cuantas armas portátiles y cuantos cañones pudo. »

Mintiendo miserablemente Forey en los partes que dirigía á su Ministro de la Guerra, logró persuadir á éste que la nada honrosa ocupación de Puebla por los franceses había sido una gran hazaña militar.

Y Napoleón III premió á Forey con el bastón de Mariscal, á pesar de que Forey con su bastón de General en jefe no pudo romper la *olla de piñata* de Bulnes, los muros de Puebla.

Concluamos ahora con el plan militar del Sr. Bulnes, que, según éste, debió ejecutar el Sr. Juárez.

Según el autor del libro « *El Verdadero Juárez* » este digno Presidente de la República tenía el deber de resistir la invasión durante cuatro años sin perder un sólo elemento de guerra, ni el más pequeño siquiera.

Para esto, vimos ya que era preciso que el ejército mexicano no quemara un solo cartucho y se retirara marchando muy lejos del enemigo.

Y en virtud de este plan de Bulnes, que tiene mucho de *rompe-cabezas*, dejamos ya á las tropas de la Nación en precipitada fuga hasta la capital de la República, dejando libre el paso á Forey, que sin obstáculo alguno, entre á Puebla, llevando á su derecha é izquierda á dos traidores, á Almonte y Márquez, y pegado á la cola de su caballo al canallesco Saligny.

¡ Mucha honra para el imperio francés !

Pero ocupada Puebla, el ejército francés marcharía violentamente sobre la capital, adornada ya para recibir dignamente á las tropas de la intervención.

Porque, según Bulnes, el Sr. Juárez debió desocupar á México sin dejar allí ni un solo soldado enfermo, ni un grano de pólvora, ni un fusil descompuesto.

Y los invictos Generales, jefes y oficiales que con tanta gloria cubrieron la bandera de la Patria en Puebla; y los 23,930 valientes soldados que en Puebla rechazaron siempre, siempre, los asaltos de las columnas francesas haciéndolas pedazos; y la guarnición de México con el ejército del centro de Comonfort, que también debían estar intactos; todo, en suma, lo que significara resistencia que tenía que conservarse, iría ya muy lejos siguiendo las órdenes de Bulnes, por Chihuahua ó cerca del río Bravo.

¿Y allí, Sr. Bulnes, qué hacíamos con los treinta ó cuarenta ó cincuenta mil veteranos, con aquel gran ejército virgen que en el éxodo militar inventado por Ud. se habían escapado de las balas francesas, conservándose intacto pero no immaculado?

Mas basta ya de discutir las lucubraciones técnicas de Bulnes.

Las he presentado por la única faz que tienen, por el lado ridículo, para demostrar la insensatez con que Bulnes pretende que el Sr. Juárez debió conservar el ejército sin la menor pérdida, resistiendo, pero sin dar una sola batalla.

Porque Bulnes olvidó decir qué debió hacer el Sr. Juárez en vez de ordenar la defensa de Puebla.

Quizá comprendió que si proponía, en lugar de esa defensa, dar una batalla campal con el ejército de Oriente, se le hubiera refutado probándole que entonces era posible la derrota, en cuyo caso todo se hubiera perdido y con menor gloria.

El resto del Capítulo que me ha ocupado no tiene importancia alguna; lo constituye la inserción de muchas, muchísimas notas de D. Matías Romero, en las que da cuenta de sus continuas conferencias oficiales y reservadas con Mr. Seward, en las que se trataba de los graves incidentes de la guerra separatista, como un peligro para México y de lo que todos sabemos, de las ofertas que el aventurero Dr. Gwin andaba haciendo á Napoleón III y á los Estados disidentes para la anexión de Sonora y la Baja California.

Y concluye Bulnes su desencuadernado Capítulo con estas rimbombantes frases:

"Desgraciadamente, ni por un momento comprendió el gobierno de Juárez cuál era su deber. El General Zaragoza ya había muerto y, en vez de procesar al General González Ortega por la falta imperdonable del Borrego, le dió el mando en jefe de los 24,000 hombres útiles como soldados que poseía la nación como único ejército."

Desgraciadamente, digo yo, el Sr. Bulnes era joven en 1863, no había brillado como ahora en la vida pública, ni descubriría las sorprendentes facultades de hombre de Estado, economista, diplomático y egregio militar.

Habría sustituido ventajosamente á Juárez, á Doblado, á González Ortega y á Guillermo Prieto; y bajo la alta y soberana dirección del Sr. Bulnes no tiene lugar la sorpresa del Borrego, ni sucumbe Puebla, ni ocupan los franceses la capital, ni viene Maximiliano, ni nos niegan su auxilio los Estados Unidos, ni hay cosa alguna desastrosa para México.

Augusto Comte, el ridículo maestro de la vieja escuela positivista imperante hoy en México, necesitó que lo asistiera el célebre alienista Esquirol; y aunque dicen que sanó, no lo creo.

Pero lo que sí creo incurable es la megalomanía del Sr. Bulnes que, en sus delirios de grandeza, ve muy pequeños á los grandes hombres de la segunda guerra de independencia.

¡Que Juárez ni por un momento comprendió cuál era su deber!

Sólo Bulnes ha osado vertir tan grosero insulto.

¡El cumplimiento del deber! He aquí el primer título de gloria que adquirió Juárez, que sacrificó su vida entera á llenar sus deberes más allá de lo que alcanza la fuerza humana.

Las palabras de Bulnes vibrando en ondas de ira, tienen que apagarse ante la voz sonora, serena y tranquila del Sr. Juárez, tal como resonó en el seno del Poder Legislativo dando cuenta de la grave crisis que amezaba al país, y haciendo una profesión de su fe política con toda la sencillez que le era peculiar.

Por falta de *quorum* el nuevo Congreso de la Unión hasta el día 20 de Octubre de 1862 abrió el primer período de sus sesiones ordinarias. Y en aquel acto solemne, en su discurso de apertura, el Presidente de la República D. Benito Juárez emitió los siguientes conceptos:

" Proclamar, como lo hacen nuestros enemigos, que no hacen la guerra al país sino á su actual gobierno, es repetir la vana declaración de cuantos emprenden una guerra ofensiva y atentatoria; y por otra parte, bien claro está que se ultraja á un pueblo cuando se ataca al poder que él mismo ha elevado y quiere sostener..... En último análisis, la resolución de no tratar con el gobierno legítimo de hecho y de derecho, es la declaración de guerra contra el derecho de gentes, porque cierra todas las puertas á satisfacciones convencionales.

" Si yo fuera simplemente un particular, ó si el poder que ejerzo fuera la obra de algún vergonzante motín, como sucedía tantas veces antes que la Nación toda sostuviera á su legítimo gobierno, entonces no vacilaría en sacrificar mi posición, si de este modo alejaba de mi patria el azote de la guerra. Como la autoridad no es mi patrimonio, sino un depósito que la Nación me ha confiado muy especialmente para sostener su independencia y su honor, he recibido y conservaré ese depósito por el tiempo que prescribe nuestra ley fundamental, y no lo pondré jamás á discreción del enemigo extranjero, antes bien, sostendré contra él la guerra que la Nación toda ha aceptado, hasta obligarlo á reconocer la justicia de nuestra causa. "

Este programa es la demostración irrefutable de que el Sr. Juárez sí comprendió que su deber, como Jefe del Poder Ejecutivo, era conservar el depósito que la Nación le había confiado, sin ponerlo á discreción del enemigo y sostener la guerra que México había aceptado, hasta que el enemigo reconociera la justicia de la causa mexicana.

Y como el Sr. Juárez sí comprendió su deber, no cometió las indignidades que propone Bulnes en su libro para evitar la intervención, como reconocer el humillante tratado Mon-Almonte, cambiándole el nombre, y sobornar á de Morny.

Muchos franceses han escrito la historia de la intervención francesa en México, y casi todos rinden un homenaje á Juárez, reconociendo su energía, su patriotismo y su firmeza en el cumplimiento del deber.

El Sr. Bulnes conoce esos libros franceses de los que no tomo los párrafos respectivos, porque no quiero imitar al Sr. Bulnes que *apedrea* á sus lectores con infinidad de citas para

fascinarlos, atarantarlos y soltarles entonces alguna rimbombante barbaridad.

Sólo reproduciré un pequeño trozo de la obra intitulada *Elevación y caída del Emperador Maximiliano* escrita por el Conde E. de Keratry, bajo la dirección é inspiración del Mariscal Bazaine.

Este historiador, hablando de la marcha del ejército francés hasta la capital de la República, dice lo que sigue:

" A pesar de las flores y los fuegos artificiales prodigados en el tránsito del General Forey á México, el entusiasmo fué ficticio. Lo que debió sobre todo llamar la atención de un jefe observador, fué que Juárez no había sido expulsado por la población de la Capital. *El Jefe del Estado cedía el puesto por la fuerza, pero sin compromiso alguno.* En su retirada llevaba consigo el poder republicano sin dejarlo caer de sus manos: estaba agobiado, pero no abdicaba. *Tenía la tenacidad del derecho.* Durante cinco años, el secreto de la fuerza de inercia ó de la resistencia del viejo indio, fué retirarse de pueblo en pueblo, *sin encontrar jamás en su camino un asesino ni un traidor.* "

Pero, muerto Juárez, su memoria encuentra un deturpador, Bulnes.

CAPITULO III

DESASTRES GLORIOSOS

En tres capítulos, que llenan sesenta y seis páginas, trata bajo diferentes formas la misma cuestión el Sr. Bulnes, el sitio y ocupación de Puebla en 1862.

Y en esas sesenta y seis páginas derrama el autor tal suma de erudición militar, ostenta tan enorme cantidad de conocimientos técnicos en el arte de la guerra, que yo, declarándome incompetente en esta materia, dejaría de ocuparme de esos capítulos, si no hubiera encontrado en ellos mucho que puede impugnarse con solo el sentido común.